



LETREROS EN LOS MUROS

Parece que de un poco tiempo a esta parte se está poniendo lamentablemente de moda pintar en las paredes de los edificios públicos y privados, en vallas y monumentos, letreros no diríamos que subversivos, pero sí al menos obsesivos. El panorama es desolador y sobre todo antiestético. Creo que ya no debe haber calle en España que se haya librado de los efectos del «spray» cargado de tinta indeleble y a la que no asomen la consigna, la exclamación airada o la protesta, que de todo género, tono y matiz son las frases estampadas y de todos los colores, de todas las tintas e incluso de todas las caligrafías son los rótulos.

Comprendo, sin mayor esfuerzo mental, la necesidad de expresarse políticamente por esta sinuosa vía estrecha, barata y sucia además, y la libertad que a todo el mundo asiste de exponer sus ideas a la luz pública a través, quizá, del único medio a su alcance, pero a mí, modestamente, como a cualquier persona con un cierto sentido cívico y un elemental sentido estético, me parece que el ejercicio del sagrado derecho a pintar paredes o a practicar la literatura política del «spray», debería reglamentarse y ordenarse bajo unos criterios de buen gusto, de comodidad e incluso de respeto a las casas de los demás.

Del mismo modo que en todas partes se crean espacios acotados para que se solacen

los niños —y de idéntica manera que los Ayuntamientos se preocupan de instalar en las calles evacuadores de urgencia—, propongo que se instalen también, a modo de prácticos tabloneros de anuncios, pizarras gigantesas doctadas de las necesarias tizas, o mejor todavía grandes paños de pared convenientemente señalizados y con botes de pintura y brochas en régimen de autoserivicio gratuito, para que cualquiera que de pronto experimente la imperiosa urgencia de emitir avisos y comunicados, insultar a alguien, exteriorizar sus personales vivas y muertas, dejar clara constancia de sus odios y sus adoraciones, convocar a una manifestación, reivindicar algún territorio, pedir la autonomía para una provincia o proferir un exabrupto, pueda hacerlo sin más que eliminar o tachar lo que estuviera escrito antes y por supuesto sin ensuciar y poner perdida la ciudad a base de brochazos, entre otras cosas porque los brochazos, además de ser un recurso de pésimo efecto, luego limpiarlos resulta muy difícil y desde luego carísimo.

Si esto sigue así y no se arbitran remedios urgentes —los que sugerimos u otros— habrá que crear inmediatamente un nuevo cuerpo de funcionarios especializados: el de borradores de letreros subversivos, cuya cuantiosa nómina también tendremos que pagar todos.

LEO DE LIPPI

LA FACHADA Y LA DESFACHATEZ

El sol, el mar, una barca color naranja cargada de cuerpos desnudos y morenos, la orilla cegadora de sal y el perfume violento de los tallos: con este material, Albert Camus montó un tratado de filosofía. Los poetas también han entrado a saco y han logrado cobrar de todo esto sueldos de albañil no sindicado. Pero hoy, esta filosofía, esta poesía está en manos de las constructoras, que sobre ese mismo solar han levantado torres de apartamentos con salón-comedor, bragas y calzoncillos de la clase media frente a la terraza del vecino, expendurías de perros calientes, tiensos de sombreros de paja y quioscos de prensa extranjera controlada. En filosofía, la plenitud de una playa del Sur era el lado positivo del absurdo. En construcción es la luz de la ganancia con la barriga tostada. O así.

En este ambiente radiante, Camus creó la figura de «El extranjero». Un señor sin bigote, más bien anodino, que actúa gratuitamente, que después de pegarle un brillante navajazo a un moro sobre el espejo cegador de la arena, exclama: «¡El sol, el sol!». Ahora, el extranjero

es español, probablemente madrileño. Durante el mes de junio, una publicidad bien montada le ha obligado a dirigirse en sábado a unos grandes almacenes con el fin de equiparse: camisa de terlenka, pantalón de terylene, gorra de marino an secarral, pelotón de Nivea y cubitos de plástico para los niños, parasol, crema para dar un aire recio a su piel amarillo-cromo y a lo que deje fuera el «bikini» de su legítima señora. Y este extranjero filosófico se dirige a escena.

En la playa le espera el coro de las valkirias, los extranjeros de verdad. Y comienza la acción gratuita. La paella con sangría; ¡niño, que te doy!; la diarrea estival, mal llamada cólera por los progresistas; cazar a la espera en la terraza hasta altas horas de la madrugada para ver cómo Françoise se quita los «pantis» en el apartamento décimo, letra K, tercer pasillo, cuarto ascensor; viaje en burro-taxi; excursión bajo un solazo de sesenta grados a ese puebluco serrano donde hay una fuente de la teja y venden unos pitos de barro muy simpáticos y se come ensalada con puerros de la huerta del tío Arsenio; «gogó-girls» con danza de vientre industrial; un par de «make love» sudorosos a la semana, con el agobio de que no se caiga el tabique y se despierten los niños;

sesiones estajanovistas de mar, con la piel al rojo vivo. Y el extranjero español, probablemente madrileño, regresa purificado mediante el absurdo a la ciudad, donde los grandes almacenes le están preparando las rebajas.

El dueño de la torre de apartamentos, llamado John el Speculator, ha veraneado lejos de allí, en una playa recóndita, con una extranjera de las buenas, cimbreante y dorada, amansada junto a sus zapatillas de toalla blanca, al pie del sillón de mimbre. John el Speculator lee un libro de Albert Camus que se titula «El extranjero», donde en una playa del Sur resulta que un señor sin bigote mata a un moro.

MANUEL VICENT



PERICH

